

LOS EXILIADOS DEL ESTE, EL MOVIMIENTO EUROPEO Y EL PROCESO COMUNITARIO A COMIENZOS DE LOS AÑOS CINCUENTA

Ricardo MARTÍN DE LA GUARDIA
Catedrático de Historia Contemporánea
Universidad de Valladolid

Guillermo Á. PÉREZ SÁNCHEZ
Catedrático acreditado de Historia Contemporánea
Universidad de Valladolid

SUMARIO

I.-LAS CONSECUENCIAS DE LA CONFERENCIA SOBRE EUROPA CENTRAL Y ORIENTAL DEL MOVIMIENTO EUROPEO. II.-LA UNIFICACIÓN DE ALEMANIA Y LA UNIDAD DE EUROPA, EN LA ENCRUCIJADA.

I. LAS CONSECUENCIAS DE LA CONFERENCIA SOBRE EUROPA CENTRAL Y ORIENTAL DEL MOVIMIENTO EUROPEO

Después de la Conferencia londinense entre el 20 y el 24 de enero de 1952 sobre Europa Central y Oriental, el compromiso europeísta de los exiliados del Este siguió plenamente activo¹. Así, el 1 de abril de 1952, Paul de Auer, en su calidad de miembro del Consejo Nacional Húngaro, remitió un escrito a G. Rebatet, secretario general del Movimiento Europeo, adjuntándole un documento con su respuesta a las preguntas formuladas por el Consejo de Europa sobre la manera de dar a conocer éste entre los países que no eran miembros².

¹ Vid. MARTÍN DE LA GUARDIA, R., «El Movimiento Europeo frente a la división del continente: la Conferencia sobre Europa Central y Oriental (Londres, 20-24 de enero de 1952)», en MARTÍN DE LA GUARDIA, R. y PÉREZ SÁNCHEZ, G. Á. (eds.), *La Europa del Este: del Telón de Acero a la integración en la Unión Europea*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002, pp. 47-62; MARTÍN DE LA GUARDIA, R. y PÉREZ SÁNCHEZ, G. Á., «El Movimiento Europeo y los países del Este ante el inicio de la Guerra Fría», en C. Flores Juberías (ed.), *Estudios sobre la Europa Oriental*, Valencia, Universidad de Valencia, 2002, pp. 269-286; MARTÍN DE LA GUARDIA, R., «Europeísmo y exilio: la Conferencia sobre los países de Europa Central y Oriental de Londres de 1952», G. Águila y J. Sgrazzutti (coords.), *Europa del Este y la Unión Soviética en el siglo XX. Del «socialismo real» al poscomunismo*, Rosario, Homo Sapiens, 2003, págs. 59-70, y PÉREZ SÁNCHEZ, G. Á., «La relación de los exiliados de los países del Este y el Movimiento Europeo en la inmediata posguerra», *Ibid.*, pp. 49-58.

² Documento en depósito del Movimiento Europeo (año 1952): ME-851-1. ARCHIVI STORICI DELLE COMUNITÀ EUROPEE (ASCE). Instituto Universitario Europeo, Florencia.

Antes de entrar en materia, De Auer llamaba la atención de sus interlocutores sobre una carta que por vía indirecta le había llegado desde Hungría y que demostraba cuántas personas del otro lado del Telón de Acero reconocían la trascendencia de la labor realizada hasta el momento por el Consejo de Europa. En ella se señalaba, además, que cuanto fuera dicho, escrito y difundido sobre la necesidad de unir a Europa sería acogido con interés y entusiasmo en los países todavía soviéticos. Así argumentaba el antiguo embajador de Hungría en Francia:

Para convencer a la población de estos países de que su salvación depende del éxito de la empresa acometida, sería preciso, desde mi punto de vista, no ignorar el aspecto sentimental de nuestro problema. No se trata solo de enumerar sus argumentos políticos, económicos y culturales, de utilizar la lógica y de esclarecer a los intelectuales: es preciso también llegar a su corazón, hacer trabajar su fantasía. Después de un siglo y medio de exaltación nacionalista, habría que llegar a ellos y transformar esta noción en un patriotismo europeo, hablarles de su pertenencia a la «Familia Europea» y evocar en sus corazones el sentimiento de una fraternidad europea. Es preciso que se familiaricen con la atmósfera europea y que se den cuenta de que la historia de sus respectivos países no es más que una parte de la historia de nuestro continente. Se debe dar la palabra no solo a los políticos y a los economistas, sino también a los poetas, a los escritores. Es preciso hacerles amar esta patria europea, a la que deben estar orgullosos y dichosos de pertenecer.

Insistía De Auer en su reflexión en que era preciso hacer comprender a los pueblos de Europa Central y Oriental que para ellos el camino emprendido hacia la unificación de Europa era aún más importante que para el resto. Según los exiliados, era necesario insistir en que el Consejo de Europa solo admitía en su seno a Estados plenamente democráticos, un mensaje que debía difundirse por extenso en sus países de origen como medio de propagar la idea de que la perentoria unidad de Europa solo podría lograrse mediante el entendimiento entre democracias estables. Conviene recordar que los medios de propaganda occidental en el Este se limitaban a la radio pero resultaban muy eficaces: fundamentalmente, la *TSF del National Committee for a Free Europe* de Múnich, la *BBC*, la *Voice of America* y la *Radiodifusion Française*. Ello no obstante, los representantes de los exiliados, conocedores de la influencia de los medios de comunicación, reiteraban la oportunidad de ampliar la cobertura y de utilizar nuevos canales que emitieran desde Italia y desde la República Federal de Alemania. A través de las ondas tanto periodistas como conferenciantes invitados, expertos en las distintas materias, deberían exponer los objetivos, dificultades y vías abiertas en el proceso de unidad del Viejo Continente para alimentar los sentimientos europeístas.

Finalmente, De Auer expresaba su gratitud y satisfacción por el contacto establecido entre sus representados y la Comisión del Consejo de Europa y llamaba la atención a ésta sobre algunas de las cuestiones que convendría tratar con

mayor detenimiento para despertar la conciencia de los exiliados: la colaboración constante entre todos los países de Europa Central y Oriental, la resolución del problema de las minorías nacionales en función de la Convención para la Defensa de los Derechos Humanos y la protección internacional de los refugiados, así como el marco de las nuevas relaciones económicas entre el Oeste y los gobiernos del Este.

Un par de semanas después, el 17 de abril de 1952, Paul de Auer volvía a dirigirse a Rebatet para indicarle que no tenía ninguna objeción a que hiciera el uso que considerara oportuno de todos los textos que periódicamente le enviaba, al entender que con la cobertura del Movimiento Europeo sus ideas y propuestas podían calar más entre la población refugiada del este de Europa³. Para el día 28 de ese mismo mes estaba prevista en Bonn una reunión de la Comisión Especial; en ella tenía pensado De Auer presentar una declaración de principios que quizá pudiera publicarse tras el encuentro y así dejar sentada la posición que defendía:

Para nosotros, europeos por nacimiento, por cultura y por nuestro afecto hacia Occidente, el solo hecho de la existencia de su Comisión es importante y consolador. Es la prueba de que, incluso sin ser miembros del Consejo de Europa, nuestros países son considerados a pesar de todo parte integrante de esta Europa que quieren ver unida un día, y es también la prueba, que perciben como nosotros, de que la situación actual es provisional.

Unido a ello, el autor resaltaba la incompreensión de muchos periodistas y estudiosos de la situación en el Este que solo parecían preocupados por la cuestión de Alemania: consideraban que no habría paz en Europa si no se resolvía antes la división de este país, pero no por ello les resultaban menos peligrosos quienes, como De Auer y sus correligionarios, aspiraban a que las denominadas «democracias populares» se integraran con los países occidentales en una Europa unida. Aunque de forma indirecta, esta corriente de opinión contribuía a perpetuar la división del continente pues consagraba las fronteras establecidas al final de la guerra, algo muy nocivo para el futuro de los europeos.

Y los autores de estos artículos no son los únicos en creer que un acuerdo que separa una parte considerable de Europa podría asegurar la paz. Se han leído también artículos parecidos durante la Conferencia sobre Europa Central y Oriental de Londres. Los que predicán tales tesis olvidan la desesperación de los pueblos europeos sojuzgados y gobernados contra su voluntad, creando así una atmósfera de inquietud permanente (...). Alrededor de 83 millones de europeos estarían obligados a poner todas sus energías así como todos sus productos a disposición de la Unión Soviética, lo que sería empleado contra Occidente.

He tenido ya la ocasión, como otros amigos de Europa Central y Oriental, de declarar con la mayor de las sinceridades que nuestro deseo más ferviente es

³ Documento (año 1952): ME-851-1 (ASCE).

evitar la guerra, pero estamos convencidos de que no se puede garantizar la paz si el imperialismo soviético y el bolchevismo persisten y continúan atormentando el corazón de Europa.

En la carta mencionada Paul de Auer agradecía a sus interlocutores la oportunidad que se le había brindado de presentar públicamente sus reflexiones respecto a cuestión tan importante como el presente y el futuro de Europa, aunque no dejaba de lamentar que su actuación solo fuera en calidad de «experto-testigo». Por ello afirmaba «que es desde todo punto de vista deplorable que los refugiados no estén representados en el seno del Consejo de Europa» y apelaba a buscar la fórmula necesaria para que los exiliados que vivían en el territorio de los estados miembro del Consejo de Europa pudieran ser admitidos en él como observadores sin derecho a voto.

En efecto, la relación de los exiliados del Este con los movimientos europeístas siguió siendo tensa en ciertos periodos al no sentirse aquéllos apoyados cuando estaban en juego el ideal europeísta y el proceso mismo de la unidad europea. Así, y por estas mismas fechas⁴, el secretario general de la Unión de Federalistas Polacos, Jerzy Jankowski, dirigió una carta al secretario de la Comisión de Europa Central y Oriental del Movimiento Europeo, Jean Pomian, adjuntándole copia del escrito de 20 de marzo de 1952 enviado por la UFP a la Dirección Ejecutiva de la Unión Europea de Federalistas. En ella exponía las quejas de sus representados por la discriminación que sentían dentro de este movimiento respecto a la situación que, a su juicio, disfrutaban los representantes alemanes occidentales. Este resentimiento había llevado a los federalistas polacos a la decisión de no participar en el Congreso de la Unión Europea de Federalistas que se celebraría próximamente en Aix-la-Chapelle.

El temor de los europeístas occidentales –sobre todo, de aquéllos con responsabilidades de gobierno– a empeorar las relaciones, ya de por sí delicadas, con el ámbito soviético redundaba en una respuesta tímida a las sugerencias e ideas provenientes de quienes compartían el mismo ideal pero, como exiliados, quedaban al margen de la *Realpolitik*.

En estas circunstancias, con la satisfacción, por un lado, de la exitosa Conferencia de Londres y, por otro, con la preocupación por las dificultades a la hora de encajar la participación del movimiento europeísta de Europa del Este dentro de la corriente general, el 10 de septiembre de ese mismo año de 1952 se reunió en la capital británica la Comisión de Europa Central y Oriental⁵. Además de despachar asuntos sobre el funcionamiento de la Comisión, se aceptó la

⁴ Documento (año 1952): ME-845-1 (ASCE).

⁵ Estuvieron presentes en la reunión: E. Beddington Behrens (presidente), R. Law, J. Amery, P. Auer, S. Backis, V. Bernard, N. Dolapchieff, A. Greenwood, S. Osusky, E. de la Vallée Poussin, el conde E. Raczyński, J. Retinger, J. Stransky, A. Torma, V. Veniamin, S. Yovanovitch, T. Zavalani, G. Zdziechowski y G. Morton y J. Pomian (secretarios). «Mouvement Européen. Commission de l'Europe Centrale et Orientale.» «Compte-rendu de la réunion du Bureau: 10, septembre, 1952». ME-857 (ASCE).

renuncia de su presidente, E. Beddington Behrens, justificada por no poder dedicar a las actividades el tiempo que requerían. A propuesta del propio Beddington, se acordó por unanimidad que lo sustituyera Richard Law. En esta sesión de trabajo, y antes de abandonar el cargo, Beddington Behrens expresó su satisfacción por el impacto que la celebración de la Conferencia de enero había producido en la población en general y en los gobiernos de los países soviéticos en particular – a pesar de la censura y aislamiento impuestos –, tal como reflejaba la ofensiva, contra resoluciones y contra participantes, de la propaganda comunista en toda Europa. Al mismo tiempo, la Comisión dio el visto bueno a un informe dirigido a la Dirección Ejecutiva Internacional del Movimiento Europeo y elaborado por el presidente saliente en donde éste rendía cuentas de los resultados de la Conferencia⁶:

Si juzgáramos por la aspereza con la que fue atacada en la prensa y en la radio comunista, no podríamos dudar de la impresión que esta Conferencia ha podido provocar en los países esclavizados del bloque soviético. *Radio Free Europe* y el servicio exterior de la *BBC* han declarado que entre los radioyentes de estos países ha causado una reacción más grande que ningún otro acontecimiento desde el final de la guerra. Al mismo tiempo, ha proporcionado a otras emisoras de radio material de información para varios meses.

Evidentemente, las palabras de entusiasmo de Beddington Behrens estaban destinadas al consumo interno, puesto que la difícil situación posbélica en los países soviéticos no ofrecía un panorama lo suficientemente halagüeño como para que la mayoría de la población estuviera preocupada por lo que desde Londres propugnaban sobre su futuro unas elites determinadas. Mucho más real era el argumento que expresaba a continuación:

Del otro lado del Telón de Acero, en los países libres de Europa y de América, la Conferencia ha logrado los resultados previstos, es decir, ha contribuido al progreso de la causa de la Europa Central y Oriental en Occidente. Antes de que Harold MacMillan abriera la Conferencia (...) ningún ministro en ejercicio en el Gobierno de ningún país había hablado de estas cuestiones en público.

(...)

Ha sido éste un gran paso hacia adelante, ya que por primera vez una de las grandes potencias aprueba nuestras actividades. Antes de la Conferencia, la posición desesperada de los pueblos del otro lado del Telón de Acero era una cuestión que los principales estadistas occidentales no querían discutir. Las declaraciones, durante la Conferencia, de MacMillan, de Van Zeeland, de Paul Reynaud, de la Sra. Roosevelt, junto a las de otras personalidades, cambian la situación. No se pretende que nuestra Conferencia influya de algún modo en la política exterior de los Estados Unidos; sin embargo, es interesante constatar que en Nueva York, en

⁶ Documento (año 1952): ME-2147-5 (ASCE). El Informe salió con fecha 11 de septiembre.

uno de sus discursos electorales más recientes, el general Eisenhower ha hablado largamente de la situación de los países del Este: «Vendrá el día» –dijo el General– «en que los pueblos de los países ocupados tengan la ocasión de elegir su camino por sí mismos en una libertad completa y bajo control internacional (...).

(...)

Organizando esta Conferencia internacional hemos situado el problema de Europa Central y Oriental entre los más importantes asuntos políticos del momento. Hemos ayudado a los dirigentes del exilio a desempeñar un papel de interlocutores de los estadistas occidentales. Hemos ayudado también a crear entre aquéllos un sentimiento de unión de todos los países sometidos al control comunista.

Por otra parte, y es quizá el hecho más relevante, hemos enviado un mensaje de esperanza a las naciones cautivas del Este.

A pesar de sus intenciones previas, y una vez al frente de los Estados Unidos el 1 de enero de 1953, el presidente Dwight Eisenhower se dio cuenta inmediatamente de la imposibilidad de denunciar los acuerdos previamente suscritos con la URSS en las cumbres de Yalta y de Potsdam. Con el fin de normalizar las relaciones con la Unión Soviética, la administración Eisenhower contempló entre sus propósitos reducir al máximo posible los conflictos derivados de la Guerra Fría; incluso, una vez desaparecido Stalin en marzo de ese año, el presidente de los Estados Unidos confiaba en la disposición favorable de los nuevos responsables soviéticos para terminar con la ocupación de Austria, así como para aceptar la convocatoria de elecciones libres que condujeran a la reunificación de Alemania. Por último, Eisenhower pensaba que los soviéticos darían por finalizada su ocupación forzosa de los países de Europa Central y Suroriental y facilitarían la formación de gobiernos verdaderamente representativos. De estas aspiraciones solo se cumplió la firma, en mayo de 1955, de un Tratado de Paz entre las potencias ocupantes de tal modo que el nuevo Estado austriaco pudo recuperar su soberanía después de convenir en declararse país neutral.

Volviendo a la reunión de la Comisión de septiembre de 1952, y más allá del voluntarismo con el que se distinguieron las declaraciones antes expuestas, los miembros de la Comisión presentes fueron informados por el propio Beddington Behrens de su propósito de enviar ese mismo día, una vez obtenido el aval de la Comisión, un documento de trabajo sobre la necesidad de un nuevo «Estatuto de la Comisión de Europa Central y Oriental». En él se dirigía a Paul-Henri Spaak, presidente del Movimiento Europeo, en los siguientes términos⁷:

El éxito de la Conferencia de Londres ha puesto el acento en la posición de la Comisión en la medida en que ésta se presenta como el más importante foro

⁷ Documento (año 1952): ME-2147-5/ME-928-2 (ASCE).

político de los dirigentes exiliados del Este. La Comisión, teniendo la intención de redoblar sus actividades y organizar una Conferencia anual, debe desde este momento revisar su estatuto original y ponerlo en armonía con el estado actual de su desarrollo.

La Comisión es, hablando en propiedad, una comisión del Movimiento Europeo y la organización de toda conferencia, la preparación de informes, la composición de sus delegaciones y su orden del día deberían, según el procedimiento original, ser aprobados por la Dirección Ejecutiva del Movimiento Europeo (...). El procedimiento actual en lo que se refiere a las relaciones entre la Comisión y la Dirección Ejecutiva del Movimiento Europeo no es en este momento el más apropiado para un organismo de propaganda activa tal como es la Comisión, cuyo equipo directivo tiene la intención de reunirse con más frecuencia que la Dirección Ejecutiva del Movimiento Europeo y que debe tomar decisiones rápidas para una acción más eficaz.

Por otra parte, y aunque acordara el año pasado una modesta contribución, el Movimiento Europeo no ha considerado en el curso de la última reunión de su Dirección Ejecutiva ninguna nueva contribución para costear los trabajos de la Comisión, en función de sus propias dificultades financieras y de la política de restricciones. Debemos tomar disposiciones para hacer frente a las futuras necesidades de la Comisión y poder organizar cada año una Conferencia, aunque sea con limitaciones.

(...)

En consecuencia, es indispensable acordar un procedimiento más práctico sin debilitar de ninguna manera nuestra asociación estrecha con el Movimiento Europeo, entre cuyos fundadores me encuentro, teniendo en cuenta que el objetivo de la unidad europea está en la base de las actividades de nuestra Comisión.

No se quería dejar pasar la repercusión de la Conferencia sin que rindiera, al menos, un resultado concreto en la Comisión de Europa Central y Oriental: agilizar su funcionamiento y otorgarle más fuerza dentro de la organización del Movimiento Europeo, si bien con autonomía efectiva. La contestación de la Dirección Ejecutiva Internacional del Movimiento Europeo, favorable a la petición, no tardó en llegar. En efecto, una notificación del 3 de noviembre de 1952⁸ autorizaba a la Comisión a transformarse en organismo autónomo, con plena responsabilidad jurídica, política y financiera, pero contando siempre con la ayuda y colaboración del Movimiento Europeo, en cuyo seno, por otra parte, permanecería inalterable la representación de los comités nacionales de los países de Europa del Este.

Al mismo tiempo que la presidencia de la Comisión actuaba para lograr el reconocimiento de un nuevo Estatuto, los respectivos consejos nacionales de exi-

⁸ Documento (año 1952): ME-2147-5 (ASCE).

liados trabajaban por su cuenta. Siguiendo la estela de la declaración realizada por Paul de Auer, el 1 de octubre de 1952 el Consejo Nacional Húngaro, uno de los más activos, emitió un comunicado⁹ en el que insistía en las propuestas que había presentado la Comisión, que era la encargada de defender los intereses de los Estados que no eran miembros del Consejo de Europa. Éstas recomendaban el estudio de las modalidades que podrían acelerar la liberación de los pueblos soviéticos, así como su adhesión al Consejo de Europa y a las organizaciones supranacionales, a la vez que propugnaban la elaboración de un nuevo Plan Marshall destinado a ayudar económicamente a dichos países después de su liberación. Sin embargo, incluso a la altura de aquella fecha temprana se hacía evidente que tales reivindicaciones revelaban un total rechazo, quizá inconsciente, a la cruda realidad de la Guerra Fría. Solo el desconocimiento de la situación que se estaba viviendo en sus países de origen, donde la soviétización se iba imponiendo, podía explicar las extemporáneas aspiraciones de sus refugiados políticos.

Por su parte, en aquellos primeros años cincuenta Europa Occidental iniciaba el proceso de integración de la mano de instituciones comunes como el propio Consejo de Europa y de la recién creada Comunidad Europea del Carbón y del Acero. También en el ámbito defensivo había surgido, capitaneada por Estados Unidos, la Organización del Tratado del Atlántico Norte, constituida en Washington el 4 de abril de 1949. Otros proyectos, sin embargo, se perdieron en este difícil camino de la colaboración entre los países europeos de la Posguerra, como quedó demostrado con los fracasos de la Comunidad Europea de Defensa y la Comunidad Política Europea.

II LA UNIFICACIÓN DE ALEMANIA Y LA UNIDAD DE EUROPA, EN LA ENCRUCIJADA

En aquellos momentos cruciales tanto para las relaciones Este-Oeste como para el futuro de Europa, los grupos de exiliados europeístas fueron testigos de los acontecimientos y trataron de aportar su visión particular sobre ellos. Por ello el Movimiento Europeo consideró oportuno trasladar de manera confidencial a todas sus organizaciones –en especial, a las de Europa Central y Oriental– y a los distintos consejos nacionales un memorándum, fechado el 10 de julio de 1953, que revestía especial relevancia porque en él aparecía como punto principal de reflexión la posición de la Unión Soviética y de Occidente ante la situación de Europa y la reunificación de Alemania¹⁰.

A modo de introducción, el documento señalaba que incluso si de vez en cuando se atenuaban las divergencias ideológicas y los conflictos de intereses

⁹ Documento (año 1952): ME-851-1 (ASCE).

¹⁰ Documento (año 1953): ME-2147-5/ME-955 (ASCE).

entre las democracias occidentales y la Unión Soviética, en realidad nunca cambiaba el sentido de sus relaciones. Por este motivo el Movimiento no debía permanecer inactivo, a la espera de un hipotético desplome del gigante soviético, ya que cabía esperar el inicio de algún tipo de negociaciones entre el Este y el Oeste. Con todo, las dificultades eran numerosas debido a la interdependencia de dos problemas esenciales: la reunificación de Alemania y la unidad del continente. Eran ambas cuestiones que no podían tratarse de forma aislada o excluyente, como si la posible unidad alemana trajera consigo la renuncia a la integración política, económica y militar de Europa, o como si el proyecto de unidad europea obligara a prescindir de una Alemania unida.

Respecto a la posición de la URSS, era evidente que la potencia soviética no iba a abandonar fácilmente aquello que a la luz de la historia rusa y de la propia doctrina comunista consideraba sus intereses fundamentales. En efecto, los últimos ciento cincuenta años habían mostrado al mundo que Rusia respetaba siempre la fuerza y que al mismo tiempo utilizaba en beneficio propio la debilidad de algunos países bajo el subterfugio de protegerlos. La historia de los Balcanes y las relaciones entre Rusia y la antigua Prusia aportaban ejemplos concluyentes. La doctrina bolchevique no contradecía esta tradición; por al contrario, la acentuaba en función de unos principios ideológicos de carácter universal, fácilmente adaptables a las más variadas situaciones. Precisamente, uno de los objetivos esenciales de la política soviética consistía en fomentar las tensiones económicas, sociales y nacionales tanto en el interior de los países capitalistas como entre ellos, hasta el momento en que las fuerzas comunistas, solas o con la ayuda de sus aliados, pudieran alcanzar la victoria final. Al respecto era interesante rescatar lo que había escrito Stalin unos meses antes, en octubre de 1952: «La lucha de las potencias capitalistas por los mercados y el deseo de estrangular a sus competidores se ha revelado en la práctica más fuerte que la contradicción existente entre el capitalismo y el socialismo», por lo cual «las guerras entre los países capitalistas continúan siendo inevitables».

La política seguida por los dirigentes del Kremlin no era otra que la aplicación práctica de aquella formulación teórica; ciertamente, las circunstancias eran distintas ahora que había muerto Stalin, pero en esencia se mantenía la misma línea de actuación política. No en vano, gracias a un titánico esfuerzo desarrollado durante treinta años, Stalin había dado al régimen soviético el carácter de una dictadura personal pero con rasgos llamados a perdurar en el tiempo. Era muy probable que el sistema colegiado de poder establecido por sus sucesores no se mantuviera, pero mientras tanto la Unión Soviética parecía obligada a llevar a cabo una política defensiva, si bien con algunas posibles ventajas en el plano internacional.

Respecto a la actitud occidental ante la situación de Europa, se hacía preciso fijar con claridad los objetivos comunes. Dado que los problemas existentes eran interdependientes se hacía preciso tratarlos con una acción de conjunto, y

no de forma aislada. En el caso de que hubiera que negociar con la Unión Soviética, Europa Occidental debía pronunciarse con una sola voz: la de la Europa unida. Por el contrario, mientras la Comunidad Europea no se dotase de un poder político, mientras la actuación supranacional estuviera limitada al terreno del carbón y del acero, mientras no se avanzara en el campo de la defensa (como así sucedió con el ya citado fracaso de la Comunidad Europea de Defensa), una simple crisis gubernamental en un país europeo bastaría para reducir las posibilidades de que Occidente tomara la iniciativa y favorecería la acción disolvente de la URSS. Los neutralistas, los nacionalistas y los comunistas podrían preconizar, como moneda de cambio para una paz provisional, el abandono de los postulados supranacionales. Europa perdería entonces su gran oportunidad de ejercer una acción conjunta y se convertiría en terreno abonado para las maniobras soviéticas de división, bloqueo y paralización de cualquier proceso unitario que pudiera hacer sombra a su poder. Por todo ello, la reunificación de Alemania constituía el punto neurálgico de la partida que se jugaba en el gran tablero europeo. En este sentido, era suficientemente conocida la actitud soviética de presionar a Occidente para que claudicase de su empeño europeísta.

La cuestión alemana se convertía, por tanto, en la piedra de toque de las relaciones entre el Este y el Oeste. Al parecer, la URSS no quería desaprovechar la convocatoria de elecciones al *Bundestag* prevista para el 6 de septiembre de aquel año de 1953: los soviéticos estaban dispuestos a hacer cuantas concesiones fueran necesarias para impulsar la reunificación siempre que éstas respondieran a sus intereses, es decir, la nueva Alemania quedaría fuera del ámbito comunitario europeo y sin vínculos euroatlánticos. Los planteamientos soviéticos no habían variado un ápice desde 1945: el Tratado de Potsdam podía constituir la base de cualquier negociación respecto a Alemania, principios obviamente inaceptables desde la perspectiva occidental. Teniendo en cuenta los recientes levantamientos obreros ocurridos el 17 de junio en Berlín Este, un porcentaje importante de la población de Alemania Occidental estaba convencida de que no solo era conveniente sino también posible negociar con la URSS para acelerar la reunificación. De este modo, el Memorándum afirmaba que, a las puertas de las elecciones de septiembre, el Gobierno de la República Federal estaba obligado a contemporizar y debía, por tanto, apoyar esa posible negociación, tal como se desprendía de las últimas declaraciones del canciller Adenauer.

En todo caso, la tarea pendiente no se presentaba fácil para Bonn si consideramos su decidido empeño, desde prácticamente el nacimiento de la RFA, de sostener todas las iniciativas europeístas impulsadas por Francia, por lo que Adenauer no concebía la reconstrucción y la reunificación de su país fuera del marco de la Europa unida. Eso sí, en el caso de que París mantuviera una actitud recelosa respecto al proceso comunitario o llegara, incluso, a reforzar una visión muy nacionalista de la política europea, podrían ponerse en cuestión los vínculos europeístas de Alemania Occidental, y ésta, sola y aislada, se convertiría en

presa fácil de la demagogia neutralista y pacifista hasta caer finalmente bajo control soviético. Así, una vez analizada con profundidad por el Movimiento Europeo en aquel verano de 1953, la situación solo presentaba una salida: el avance del proceso europeísta, único capaz de deshacer el falso dilema entre unificación europea o reunificación alemana.

El Memorándum finalizaba con unas conclusiones presentadas en siete puntos a modo de orientación para futuras actuaciones – ya fueran conversaciones, negociaciones o tomas de posición – de los países occidentales respecto al destino de Alemania y de Europa en su conjunto:

1. La política occidental no puede limitarse únicamente a reaccionar ante las iniciativas soviéticas cuando el Kremlin comienza a distender las relaciones con Turquía, Yugoslavia, Austria y la República Federal de Alemania. Los países occidentales deben llegar rápidamente a un acuerdo basado en una política común, constructiva, que pueda desarrollarse con coherencia.
2. La normalización de las relaciones con la URSS no es tarea para los próximos meses. La interdependencia y complejidad de los problemas que se plantean exigen un trabajo diplomático previo serio y prolongado antes de que las negociaciones tomen la forma de conferencias.
3. El problema alemán es para Europa, desde todo punto de vista, el problema más importante y más urgente, y respecto a él deben las potencias occidentales ponerse de acuerdo cuanto antes. Ante todo, es preciso determinar exactamente lo que nunca ha de aceptarse, es decir, que Alemania pague su reunificación con la neutralidad y con la renuncia a formar parte de la Europa unida. Una solución de ese tipo sería catastrófica para Alemania, para Europa y para la paz.
4. Todo acuerdo que mantenga en Europa las antiguas rivalidades entre estados nacionales significaría su balcanización definitiva y un permanente peligro de guerra. Es la Europa unida la que debería actuar de socio en las negociaciones futuras, tratando así sobre la suerte de Alemania en interés de toda Europa. Por tanto, es indispensable no demorarse más en la fundación de la Comunidad Europea [se refiere a la Comunidad Política Europea], pues todo aplazamiento en este proceso acentuaría la confusión actual y daría ventaja a la URSS.
5. La Conferencia de Ministros de Asuntos Exteriores de los Seis, que tendrá lugar el próximo 7 de agosto en Baden-Baden, es de capital importancia. Convendría adoptar, incluso con reservas sobre ciertos puntos, el actual proyecto de estatuto para la Comunidad Europea, lo cual repercutiría enormemente tanto en las elecciones alemanas al *Bundestag* como en unas eventuales negociaciones con la Unión Soviética. En el caso de que, efectivamente, se aprobara, sería inteligente invitar al Consejo de los Seis a que en un futuro próximo designase un represen-

tante de la futura Comunidad Europea para que en todos los encuentros internacionales hiciera hacer valer el punto de vista europeo. Se reconocería así que la Comunidad Europea tiene, desde ahora mismo, su puesto en el orden internacional.

6. La presencia, en las futuras conversaciones y negociaciones con la URSS, de una Comunidad Europea con poderes supranacionales y que englobase a Alemania ofrecería a los soviéticos unas garantías seguras y mucho mejores que las proporcionadas por una Alemania aislada. En efecto, parece evidente que, actuando como tal, la Comunidad Europea podría llegar a un acuerdo con la URSS sobre la cuestión de las fronteras orientales de Alemania, y el respeto a un tratado sobre este punto estaría mejor asegurado por una Europa unida que por una Alemania aislada.
7. Dicho tratado abriría posibilidades reales de acuerdos ulteriores. No solo se harían posibles entre el Este y el Oeste unas relaciones económicas más amplias y unas relaciones políticas menos tensas, sino que también se podrían considerar, en el marco del sistema de seguridad de la ONU, pactos multilaterales de no agresión en los que participarían la URSS, la Comunidad Europea, los Estados Unidos y Gran Bretaña y a los que se podrían asociar a otros estados europeos.

Por su parte, los comités nacionales del Movimiento Europeo no cejaban a la hora de emitir informes y recomendaciones tendentes a habilitar todos los mecanismos posibles con el objetivo de fomentar la unidad europea. En la Asamblea General celebrada en París el 15 de febrero de 1954, el Comité Húngaro, siempre tan activo, adoptó una resolución¹¹ inequívocamente europeísta que había sido presentada por su Presidente Paul de Auer. En primer lugar se lamentaba que la muerte de Stalin no hubiera servido para atenuar la agresividad de la política exterior soviética, por lo que era necesario actuar en dos direcciones: con el fin de preparar el camino para una futura unificación había, por un lado, que apoyar todo tipo de iniciativas para fortalecer las relaciones entre los países europeos separados entre sí por el Telón de Acero; por otro, urgía incentivar los proyectos relativos a la creación o establecimiento, dentro de Europa Occidental, de organizaciones unitarias que contribuyeran «a asegurar la paz mundial, el mantenimiento definitivo del equilibrio internacional y el desarrollo de la comunidad atlántica». Por último, los gobiernos europeos no debían olvidar el compromiso soviético, adquirido tanto por la firma de la Carta del Atlántico como por los Acuerdos de Yalta, de propiciar, en los territorios del este de Europa ahora bajo su control, elecciones verdaderamente libres y bajo supervisión internacional.

Por aquellas fechas, al igual que sus colegas húngaros, los demás exiliados del Este continuaron implicados en los órganos de representación que habían

¹¹ Documento (año 1954): ME-851-1 (ASCE).

puesto en marcha con la colaboración del Movimiento Europeo y del Consejo de Europa. De este modo, entre 1951 y 1954 la Comisión de los Países de Europa Central y Oriental participó activamente en las reuniones del Comité Ejecutivo Internacional del Movimiento Europeo¹².

Como ya hemos señalado, pronto se habían visto defraudadas, dejando a un lado la retórica vacua de sus sucesores, las expectativas surgidas a la muerte de Stalin sobre un previsible cambio de actitud del Kremlin en el terreno de las relaciones internacionales y en especial respecto a Europa del Este. Por ello los exiliados volvieron a insistir en todos los foros a su alcance en que la política soviética era incompatible con la democracia y que seguiría mostrándose inequívocamente pugnaz contra la unidad de Europa. Así, el 5 de julio de 1954, en el marco de una asamblea convocada por la Comisión de Europa Central y Oriental, el antiguo ministro de Asuntos Exteriores de Rumania Grégoire Gafencu expuso algunas ideas de gran calado¹³. Para empezar, abordó la situación actual de las relaciones internacionales en función de la agresividad mostrada por los países comunistas, no ya solo en Europa sino también en Asia después del triunfo de Mao Tse Tung, algo que comprometía todavía más la estabilidad mundial. Occidente había dado un paso al frente para preservar su legado de libertad, como lo demostraban la vigencia de los postulados de la OTAN y la consolidación del ideal europeísta. Sin embargo, para Gafencu sólo se podría hablar de una auténtica Europa unida en el marco más amplio de la alianza euroatlántica siempre y cuando se integrasen en dichos procesos las naciones cautivas de Europa Central y Oriental. La recuperación democrática del Este dependería directamente de la fuerza de Occidente, del mismo modo que el futuro de éste no sería posible sin la incorporación de la Europa sometida a la URSS. Por todo ello, el insigne exiliado rumano consideraba necesario enterrar «el mito de la coexistencia pacífica» y no dejarse deslumbrar por la falacia pacifista soviética, una trampa pergeñada para dividir a las potencias occidentales y derribar sus alianzas. La unidad diplomática y defensiva entre los países occidentales y la importancia de mantenerse alerta respecto a los verdaderos intereses soviéticos eran, pues, condiciones indispensables para que sobrevivieran en todo el continente las ideas democráticas y europeístas.

Con el fin de explicar los riesgos que corría el mundo occidental ante el doble juego soviético en política internacional, Gafencu ponía el ejemplo de «Locarno». Con dicho término se designaba un pacto por el cual los firmantes se comprome-

¹² En la reunión celebrada el 23 de julio de 1951 fue miembro de la Comisión V. Bernard, de nacionalidad checoslovaca; en las siguientes, de 24 de septiembre y 2 de diciembre, lo fueron, respectivamente, el polaco E. Raczyński y el rumano V. Veniamin. Al año siguiente, el 2 de febrero, correspondió el honor al lituano S. Backis; el 23 de febrero, a P. de Auer, de nacionalidad húngara, y, una vez más, a V. Veniamin; el 23 de mayo, al checoslovaco J. Stránský; el 3 y el 24 de noviembre, de nuevo a P. de Auer. Por lo que al año 1953 se refiere, participaron, el 22 de marzo, el rumano G. Gafencu, que volvió a estar presente, junto a P. de Auer y el estonio A. Rei, el 20 de junio; el 23 de noviembre acudió de nuevo E. Raczyński. Por último, en la reunión del 29 de marzo de 1954 participó el yugoslavo Z. Topalović. Documento (año 1954): ME-851-1 (ASCE).

¹³ Documento (año 1954): ME-2147-5/ ME-643 (ASCE).

tían a no perturbar con actos violentos un orden establecido así como a prestarse asistencia mutua. Tal pacto suponía una paz concluida en debida forma, a la vez que tendría como objetivo confirmar de modo expreso ciertas cláusulas políticas y territoriales. Así, por el pacto de Locarno de 1925, Alemania se había comprometido a garantizar sus fronteras occidentales tal como quedaron establecidas en el Tratado de Versalles. Las potencias aliadas, Francia y Gran Bretaña, deseosas de retomar relaciones de amistad con su antiguo enemigo, quisieron invitarle de este modo a mantener junto a ellos una situación confirmada por un tratado de paz. Sin embargo, un «Locarno» que tuviera por objetivo «consagrar la coexistencia pacífica del mundo occidental y de la URSS no se parecería en nada al pacto de 1925». Aliándose con la URSS Occidente no solamente reconocería implícitamente esta situación, sino que la perpetuaría, asociándose así a un adversario temible y garantizándole el disfrute apacible de sus conquistas así como la seguridad de ciertas posiciones a partir de las cuales podría, incluso, llevar a cabo otras nuevas. Tal pacto prolongaría inevitablemente la subordinación de los países del Centro y del Este europeo e iría en contra tanto del espíritu como de la letra de la declaración conjunta emitida por Eisenhower y Churchill el 29 de junio de 1954. Ante la amenaza del comunismo, ya no sólo soviético, sino también asiático, Occidente, según proclamaba Gafencu, debía mantener en pie su justa causa y, de este modo, «concentrando sus fuerzas espirituales y materiales, hacer frente a la tormenta».

Al día siguiente de la Asamblea, el 6 de julio, la Comisión dirigió una carta¹⁴ al presidente Eisenhower y al primer ministro del Reino Unido, Sir Winston Churchill. Tras felicitarles por la declaración del 29 de junio, que acabamos de mencionar, el texto insistía en aquellos aspectos que más trascendencia tenían para el futuro del este de Europa al precisar que los Estados Unidos y el Reino Unido no son partidarios de ningún acuerdo o tratado que confirme o prolongue su actual estado de esclavitud. Entre el Este y el Oeste es imposible fundar una paz estable y permanente sobre otras bases que no sean las del Derecho. Igualmente, todo arreglo que implicase el reconocimiento de la situación de hecho actual, contraria a los compromisos internacionales y a la voluntad de los países invadidos y mantenidos en cautividad solamente por la fuerza de las armas, de la violencia y del terror, sería contrario al ideal y a los intereses de los pueblos occidentales.

Frente al imperialismo soviético solo cabía reforzar la alianza entre todos los países libres, cuyos principios democráticos y pluralistas compartían siempre: «Esta fórmula es la única que puede satisfacer a los trescientos cincuenta millones de europeos y la única que daría al bloque soviético la mejor garantía para la paz. En la medida en que las potencias atlánticas se muestren resueltas a

¹⁴ Documento (año 1954): ME-858 (ASCE). En estos momentos, Harold MacMillan y Edward Beddington Behrens, antiguos presidentes de la Comisión de la Europa Central y Oriental, ya figuraban como presidentes de Honor.

seguir esta vía de actuación, encontrarán entre la mayoría de las naciones de la tierra los apoyos necesarios para llevar a buen fin esta tarea de paz y de justicia».

La evolución de los acontecimientos a mediados de los años cincuenta concedería aún más importancia al proceso de integración europea: después del éxito de la CECA se fundaron dos nuevas comunidades. Dadas las previsibles repercusiones para sus países, los exiliados del Este seguirían su evolución con enorme interés. Así, en una carta¹⁵ fechada el 17 de febrero de 1956 y remitida a Jean Drapier, presidente del Comité Ejecutivo del Movimiento Europeo en Bruselas, Paul de Auer señalaba la importancia que sus representados concedían al nuevo impulso comunitario, a la vez que expresaba su deseo de que el Movimiento Europeo fuera más audaz y contemplase en el proyecto integrador la posibilidad de que toda Europa quedara incluida en él. En este sentido, el diplomático húngaro creía que el Movimiento debería ocuparse también de cuestiones relativas a las reformas necesarias dentro del Consejo de Europa y al impulso de la unificación.

Pocos días después, el 10 de marzo, Jean Drapier contestaba a Paul de Auer¹⁶ que comprendía las inquietudes y preocupaciones que embargaban al representante de los exiliados húngaros. Al mismo tiempo le aseguraba que se incentivaría la colaboración de la Comisión de Europa Central y Oriental y de los consejos nacionales de los países del Este con todos los organismos dependientes del Movimiento Europeo; sobre dicha colaboración tendría cumplida información el Consejo de Europa. Finalmente, Drapier le informaba de cómo en aquel momento Robert Schuman, presidente del Movimiento Europeo, estaba recabando información sobre la situación en la que se encontraba el proceso de integración, sin olvidar en esta tarea a las naciones del Este ni el papel que en dicho proceso venían desempeñando y estaban llamados a desempeñar el Movimiento Europeo y el propio Consejo de Europa.

Abstract

This article is aimed at providing an analysis of the position adopted in the early nineteen fifties by those members of the European movement who had been exiled from their native countries in the Eastern side of the Continent, namely, their position as to the beginning of the integration process and the unification of Germany. By examining the European Movement documentation preserved in the European Community Archives of Florence, a comparison can be established between the European Movement's political discourse and that of the Eastern exiled members, thus allowing for an assessment of their concomitants and differences at the outbreak of the Cold War.

¹⁵ Documento (año 1956): ME-851-1 (ASCE).

¹⁶ En *Ibidem*.

